FORMACIÓN RELIGIOSA DE AZORÍN

Sobre su vida en el internado de Yecla es bien conocido el sugerente relato que de ella nos dejó Azorín en sus *Confesiones* [1]. Los datos más salientes del mismo, con algunos otros, en especial los pertenecientes a *La Voluntad*, han sido recogidos, con mayor o menor extensión, por sus biógrafos [2]. Pero, ni son todos los dispersos por sus obras, ni las interpretaciones o comentarios que suscitan algunos de ellos, creo que responden a la realidad. De aquí que la imagen que nos dan de su formación religiosa resulte imperfecta o desfigurada.

Añádase que el propósito del escritor es trazar una estampa de la vida en el Colegio, de la educación que en él recibió, y esto, en un tono predominatemente descriptivo, aunque no faltan pasajes de honda emotividad. Por eso, a cerca del tema particular de la formación religiosa de los colegiales, se encuentran, sin duda, detalles significativos, mas tratados de un modo impersonal. Sobre este punto, como sobre toda su vida interior, Azorín ha guardado celosamente su secreto *(Secretum meum*

---

1 *Las confesiones de un pequeño filósofo*, 1904. Las citas de los textos de Azorín las hago siempre por la 1.ª edición de Aguilar, en nueve tomos, dirigida por Angel Cruz Rueda: *Obras completas*, Madrid, I-VIII, 1947-1948 y IX, 1959.

2 Sobre las biografías de Azorín puede verse mi artículo: *Azorín, un escritor de figura. Del perfil pictórico a la biografía*, en *Razón y Fe*, diciembre, 1973, pp. 407-422.

mihi). Su confesión es explícita: «Ni en los escritos, ni a mí de palabra, ni a nadie, ha revelado nunca *X* [Azorín] sus íntimos sentimentos» [3]. Se tropieza, además, con una sistemática omisión del aspecto religioso, en los recuerdos —no muy abundantes— dedicados a su padres. En tales circunstancias, se hace dificultoso el estudio del tema, y me he visto forzado a rebuscar detalles, aun mínimos, y, sobre todo, a apurar el análisis de los existentes, en una delgada y escrupulosa disección.

Con el fin de suplir la deficiente iluminación en sector tan importante de su vida, me he valido para esclarecerlo del parangón con otros pensadores de su generación, alguno estrictamente coetáneo. Con frecuencia recurriré a este cotejo. Mi trabajo espero que no sea inútil; porque, si los años de infancia y adolescencia tienen siempre gran importancia en la configuración religiosa del hombre, en Azorín la tuvieron trascendental.

I. *ESPIRITU RELIGIOSO FAMILIAR.*

José Martínez Ruiz fue el primogénito. Sus padres eran «de espíritu profundamente religioso» [4].

Procuraré presentar cuantos datos he podido allegar sobre sus padres y sobre el ambiente familiar de la casa de Monovar, donde transcurrió su infancia y donde pasó los meses de vacaciones y descanso durante los años de estudiante y posteriores hasta su matrimonio.

---

[3] *Memorias inmemoriales (Obras completas*, VIII, 1948, pp. 340-341). En estas *Memorias*, dialoga Azorín consigo mismo, con *X*. Ninguna letra más apropiada que la *X* para designar a este interlocutor, que ha escogido para sí el papel de incógnita.

[4] Esta religiosidad profunda, de fervientes católicos se encuentra afirmada por José Alfonso —cuyo padre fue médico de cabecera y amigo de la familia Martínez Ruiz—, en diversos pasajes de sus obras: "Los padres de Azorín fueron profundamente religiosos", "católicos fervorosos" (*Azorín íntimo*, Madrid, 1950, pp. 43 y 83); "son de espíritu profundamente religioso", "católicos fervientes", "profundamente católicos" (*Azorín, en torno a su vida y a su obra*, Barcelona, 1958, pp. 25, 38 y 84).

De los dos factores de los que depende la educación: el temperamento y el medio, Azorín aparece más interesado por el primero. En sus *Memorias* muestra una honda preocupación por la herencia:

> Daba *X* mucha importancia a la influencia materna; le gustaba rebuscar en los diccionarios biográficos cómo había sido la madre de tal o cual personaje. Ni los biógrafos ni las enciclopedias se solían preocupar de cosa tan vital... En su vejez, no antes, *X* daba mucha importancia a la cuestión de la herencia: la herencia fisiológica y psicológica, naturalmente. Creía él que la madre tenía decisiva influencia en el hijo. Y trataba de averiguar cómo habían sido las madres de ciertos escritores que él leía repetidamente.

Rememora, a continuación, rasgos de las madres de Cervantes, Schopenhauer y Nietzsche, y prosigue:

> El tirón hereditario, no quería decir ancestral, llegó a preocuparle. Como su padre tuviera a veces arranques de impetuosa violencia, él quedaba prostrado cada vez que, sin poder sofrenarse, tenía los mismos ímpetus. Y en cambio, pensaba con gusto en que esta minuciosidad suya en la observación derivaba de la mujer que se encerraba para escribir en un cuaderno los gastos de la casa y que la recorría toda, comprobando si estaba limpia o no (*O. c.* VIII, 340 y 367-68).

También su hermano, Ramón, médico, recordando a su madre, tan casera, tan ordenada y meticulosa, subraya: «Es enigmático lo que se debe a la herencia y al medio. Creo, no obstante, que el temperamento es más decisivo que el medio» [5].

Análoga vinculación con la madre encontramos en las *Memorias* de Pío Baroja: «Yo siempre he sido de estos tipos maternales que se sienten más unidos a la madre que al padre». De su madre, Carmen Nessi y Goñi, nos dice:

> Tenía un fondo de renunciación y de fatalismo. Había algo en su silueta de estampa italiana, y en su espíritu algo de mujer

---

[5] Estas palabras se encuentran en el Epílogo de Ramón Martínez Ruiz al libro, *Azorín, íntimo*, p. 323, y se repiten en *Azorín, en torno a su vida y a su obra*, p. 302. No se refiere Ramón expresamente al espíritu religioso; por lo que a éste toca, habría, quizás, que invertir los términos: el mayor influjo correspondería al medio. Si bien, su perseverante adhesión al catolicismo pueda considerarse como herencia materna.

> educada en un ambiente protestante y puritano. Para ella, evidentemente, la vida era algo serio, lleno de deberes y de poca alegría. Tenía una idea muy severa del deber; yo sospeché siempre que no tenía esperanza ninguna... En los últimos tiempos deseaba ya morirse; tenía dolores intensos en la cintura, dormía poco, y creo que no esperaba nada... Yo no pude nunca saber hasta qué punto llegaban las ideas religiosas de mi madre.[6]

Sin embargo, con ser mucho mayor la despreocupación religiosa en Baroja que en Azorín, presta aquí Baroja una atención al aspecto religioso, que echamos muy de menos cuando Azorín nos habla de sus padres.

Ningún matiz religioso en el recuerdo que dedica a su madre (en *Valencia*, 1941) al tratar de Blanca March, la madre de Luis Vives, con la cual la identifica:

> Y mi madre misma, también con sus vestidos oscuros, reservadísima, contenida en sus cariños maternales, pero celosísima por los hijos, curiosa de lectura, amiga del orden y de una pulcritud irreprochable en toda la casa, desde el desván al tinelo, era asimismo Blanca March *(O. c.* VI, 85).

Tampoco se halla referencia alguna a lo religioso en la noticia más amplia de su madre, en los capitulitos añadidos a *Las confesiones*[7].

Confirma la influencia materna su hijo Amancio, en esta sintética evocación:

> La madre, una señora limpia, ordenada, de estirpe y belleza, recato señoril y sencillez, ternura y delicadeza. Influencia materna. Fina sensibilidad. Claridad ática, levantina, monovera.[8]

Igualmente, García Mercadal:

> Hay, pues, en Azorín un predominio materno, del que dimanan todos los efectos de la personalidad; método de vivir, cla-

---

[6] P. BAROJA: *Desde la última vuelta del camino. Memorias.* II. *Familia, infancia y juventud. Obras completas*, VII, Madrid, 1949, pp. 523 y 536.

[7] Son tres breves capítulos: XLIII-XLV, sobre sus padres; los cuales no figuran en la primera edición de *Las confesiones de un pequeño filósofo*, 1904. *(O. c.* II, pp. 1169-1171).

[8] Las palabras trascritas pertenecen al Prólogo de Amancio Martínez Ruiz, en el libro de J. ALFONSO: *Azorín, íntimo*, Madrid, 1950, p. 21.

> ridad descriptiva, escrupulosidad, estilo breve, transparente, pensamiento concreto, sin hojarasca... Y de la expresión delicada y el efluvio de ternura en el afecto de la madre, de maneras finas, elegantes y cariñosas, nace un fondo de melancolía, de nostalgia del tiempo ya ido, del concepto de la eternidad. Es decir, una sensibilidad capaz de percibir lo más sutil de la espiritualidad *(Azorín. Biografía ilustrada.* Barcelona 1967, pp. 12-13).

Notemos que en las últimas líneas García Mercadal extiende a lo religioso la herencia materna temperamental, aunque lo hace de modo vago, impreciso.

Azorín habla menos de su padre y con menos cariño. En el nuevo capítulo final de *Las confesiones,* citado más arriba, escribe:

> Mi padre murió a los setenta y cuatro años. Era un hombre de una perfecta salud. Comía sobriamente. Fumaba todo el día, sin parar, cigarrillos que él mismo liaba. Tenía su vida arreglada según un plan invariable. Se levantaba temprano; leía; paseaba; charlaba con los convecinos; tornaba a pasear; tornaba a leer. A la caída de la tarde, después de haber caminado por el campo, era cuando él hacía las más largas lecturas. Gustaba preferentemente de libros de historia y de viajes.

¿No habría también, en el amor de Azorín por el orden, por el método, algo heredado de esa vida reglada, metódica de su padre? Lo mismo podría decirse de su atención a la minucia, al detalle. ¿No sería más acertado pensar en la suma de influjos de sus progenitores? [9].

> Había en mi padre —prosigue— un grado de escepticismo natural. Figuró toda su vida en el partido conservador; pero su conservadurismo —instintivo— era deseo de que la regularidad de la vida —como lo deseaba Goethe— no se alterase *(O. c.* II, 1170-71).

Su padre, don Isidro Martínez Soriano, fue alcalde de Monovar y diputado provincial conservador, romerista. Azorín, en la segunda edición de *Las confesiones,* 1909, puso esta dedicato-

---

[9] Respecto al influjo paterno, creo oportuno recordar la opinión de J. Alfonso: "Por temperamento —quizá también por la sangre de su progenitor, yeclano nativo— Azorín es más castellano que valenciano, más yeclano que monovero" *(Azorín, en torno a su vida y a su obra,* p. 84).

ria: «A don Antonio Maura, a quien debe el autor de este libro el haberse sentado en el Congreso: deseo de la mocedad». ¿No nacería este deseo, esta su temprana vocación política, de la inclinación natural de los hijos a seguir el ejemplo de sus padres?

En cuanto al escepticismo, extender esta nota —esta falta de convicción práctica de su padre en la ideología política conservadora—, al terreno religioso carecería de fundamento. En primer lugar, porque Azorín para explicar «ese grado de escepticismo natural» sólo aduce su conducta política. Y, segundo, porque no se trata de una censura personal, sino colectiva: describiendo los grupos políticos que convivían cordialmente en el casino de Monovar, habla Azorín de «todos estos conservadores, tolerantes y aun tachados de indiferentes» y de «el grupo de conservadores escépticos, lo más selecto de la ciudad» [10].

Indiferentes, tolerantes, escépticos. Pudiera parecer que existe alguna contradicción entre este espíritu de tolerancia y escepticismo y lo que dice de sí Azorín en el texto, citado más arriba: «Como su padre tuviera a veces arranques de impetuosa violencia, él quedaba prostrado cada vez que, sin poder sofrenarse, tenía los mismos ímpetus».

La contradicción existiría, si se tratase de un carácter intransigente, violento [11]. Sin embargo, no es esto lo que se deduce del texto. Las palabras «a veces» lo persuaden. Se evocan, más bien, determinados choques violentos. Los hubo, sin duda, en sus años universitarios. A ellos parece aludir, cuando escribe en *Valencia*: «El hijo discrepa del padre, el padre no sufre divergencias psicológicas en el hijo» (*O. c.* VI, 61). Aunque la proposición es universal, se trasluce en ella el matiz autobiográfico.

---

10 *Superrealismo*, 1929 (titulado más tarde, *El libro de Levante*, *O. c.* V, pp. 408 y 419). Los mismos conceptos se hallan en el artículo, publicado ese mismo año, 1929: "Al margen de Fritz Ernst" —el prologuista de la traducción alemana (Zurich, 1923) de *La ruta de Don Quijote*, 1905 (*O. c.* IX, pp. 1413-1414).

11 "No era violento —escribe su hija Pilar— ni mucho menos; si alguna vez lo vimos enfadado era por motivos que lo merecían." Véase la nota 18.

12 Analogía confesada al reconocer que él "tenía los mismos ímpetus".

Azorín llevaba con gran descuido y lentitud la carrera, entregado a sus aficiones literarias. De aquí se originarían a veces discusiones violentas; como también de los ataques a la religión y a la sociedad, frecuentes en sus escritos juveniles.

> Estos folletos causaron vivas polémicas entre los señores graves y sesudos de Monovar... La forma de expresarse Azorín en libros y periódicos, su tono seco, claro, realista y satírico, chocaba con gran escándalo en los medios conservadores de la ciudad. Párrafos enteros de los folletos sonaban de boca en boca, con horror aparente, entre los socios casineriles.[13]

Las polémicas de fuera tendrían su réplica doméstica. Mas pronto debió de convencerse don Isidro de la inutilidad de sus reconvenciones. «Mi padre dejaba hacer» [14] escribe su hermano Ramón. Confirma la inhibición paterna el rasgo trasmitido por Amparo, hermana y ahijada del escritor:

> Él, siempre hermético, solía hablar algo en el rato de sobremesa. Manifestaba de una manera tajante y escueta sus opiniones que ningún hermano osaba contradecir. Sólo mamá oponíale alguna objección.[15]

Haríalo con tino, aprovechando la ocasión, como hacía por carta, recordándole sus deberes de católico. De ello ha dejado el propio Azorín testimonio precioso:

> He tenido carta de mi madre. Me dice, entre otras cosas: "Ya sabes que estamos en tiempo santo de Cuaresma; que no debes comer carne los viernes ni mezclar los otros días...[16]

---

13 A. MONTORO: *¿Cómo es Azorín? (Datos y opiniones para su biografía)* Madrid, 1953, pp. 56 y 57.

14 *Azorín, íntimo*, p. 323; y repite las mismas palabras en *Azorín, en torno a su vida y a su obra*, p. 202.

15 *Mi hermano Pepito*, artículo publicado en la revista *Sigüenza* de Alicante. Tomo la cita de J. ALFONSO: *Azorín, en torno a su vida y a su obra*, p. 207. También su hermano Ramón tiene un recuerdo para la mesa familiar: "A la mesa nos sentábamos diez con los progenitores, y cambiábamos impresiones. Mi padre dejaba hacer" *(Azorín, íntimo*, p. 323).

16 *O. c.* I, p. 296. Pertenece al capítulo I de *Bohemia* (1897): "Fragmentos de un Diario". Del valor histórico del "Diario" no cabe duda; puesto que Gómez de la Serna —informado directamente por Azorín— lo trascribe como tal, en su biografía.

Llama la atención esta advertencia maternal a quien considere el alejamiento de la Iglesia en que vivía Azorín en esta época. Es posible que

¡Cuánto dice este cuidado y solicitud a favor de la puntual obediencia a los preceptos de la Iglesia, observada en la casa de Monovar! Datos como éste son difíciles de encontrar en sus escritos. Porque Azorín los silencia aun en ocasiones en las que esperaríamos encontrarlos. Ni siquiera cuando nos habla del fin de sus padres hace alusión a su cristiana muerte [17].

No obstante silencio tan tenaz, la afirmación de J. Alfonso de que sus padres fueron «de espíritu profundamente religioso» cuenta con pruebas que la acreditan. Afortunadamente puedo darlas abundantes, gracias al testimonio inestimable de Pilar, la hermana menor del maestro Azorín [18].

Como es frecuente en las familias, sobre todo en el siglo XIX, la piedad familiar lleva el sello materno. Así sucede en la familia Martínez Ruiz. Si, en general, en el gobierno de la casa, don Isidro, recto y deferente, «deja hacer» a su mujer, en lo religioso de un modo especial. Ella lleva la iniciativa y él respalda sus disposiciones con su autoridad y su respeto [19], dando ejemplo a sus hijos con el puntual cumplimiento de los preceptos de la Iglesia. En dos ocasiones, particularmente, demostraba el padre su de-

---

su madre no lo sospechase, o que aun sospechándolo estimase deber suyo el recordárselo.

17 Dice escuetamente: "Su muerte fue larga y terrible... Yo no quiero ver a mi madre en su angustioso acabamiento, sino en su lozanía"; y de su padre: "Poco a poco se fue apagando su vida, como se apaga una luz. Dos días antes de morir pronunció estas palabras: "El mundo se ha acabado ya para mí." Él mismo dispuso su entierro. Cuando moría, sin un quejido, sin un estertor, no se daba cuenta de que moría; su inteligencia había ya desaparecido" (*O. c.* II, pp. 1170 y 1171).

En cambio, Baroja lo consigna con precisión máxima: "Antes de morir, mi madre llamó, por intermedio de mi cuñada, al párroco de Lesaca, don Félix Echeverri, que la confesó y le dio la comunión y la extremaunción" (*O. c.* VII, p. 523). No pueden darse más datos con menos palabras.

18 Debo todos estos datos a la amable diligencia, con que doña Pilar Martínez Ruiz y su sobrina M.ª Luisa Martínez del Portal, han respondido a mis preguntas, rememorando los recuerdos gratísimos de la casa de sus padres y abuelos respectivos.

19 Tratando J. Alfonso de la intervención del padre en la educación de sus hijos, dice: "Fuera de las horas de la comida y de la cena, apenas los veía. Eso sí, no se paraba en barras en lo concerniente a la educación, a la formación religiosa —él y doña Luisa eran profundamente católicos—, a los estudios de sus infantes. El padre representaba para ellos el respeto, la autoridad tradicional". (*Azorín, en torno a su vida y a su obra*, p. 84).

voción personal: en la fiesta de la Inmaculada, Patrona de Yecla —en cuyo novenario costeaba siempre un día—, y en la fiesta de San Blas. Tenía la familia una casa de campo en el Collado de Salinas, hacia las tierras altas de Monovar —en esta casa escribirá Azorín *Las confesiones de un pequeño filósofo*—. En la finca había una ermita, edificada en 1806, dedicada a San Blas. Aquí acudía todos los años, don Isidro, el tres de febrero, con el párroco de Monovar, a celebrar la fiesta del Santo. Se decía la misa y se bendecían y repartían los panes ([19] bis).

Educada su madre, doña María Luisa Ruiz Maestre, con las Salesas de Orihuela, la educación recibida de las religiosas de la Visitación dejó honda huella en su espíritu. Excelente ama de casa, sencilla, afable, caritativa con los pobres, se distinguió por su piedad profunda. Acudía todos los días a la misa primera; mostróse especialmente devota de la Virgen, honrándola cada día con el rezo del Oficio parvo y del rosario. Éste se rezaba en familia, integrada, según la tradición familiar española, por los hijos y cuantas personas trabajaban al servicio de la casa. Practicaba, también, la piadosa señora algunas mortificaciones, que la inculcarían en sus años de colegiala: la de privarse de los postres —que eran tan de su agrado— las vísperas de las festividades de Nuestra Señora, y guardar abstinencia los sábados. Este espíritu de sacrificio lo extendió hasta un sector especialmente costoso para una mujer dotada de relevante hermosura y de elegancia natural, ser moderada hasta la abstención en el uso de perfumes y alhajas.

Persuadida doña María Luisa de lo beneficiosa que había sido para ella la educación con las monjas, procuró dársela igual a

---

[19] bis Aunque no lo diga expresamente, el recuerdo de estos panes benditos es de creer que acudiría a su memoria al hablar de los bodigos, que se repartían a los fieles en París, en la iglesia de San Julián el Pobre, de rito ortodoxo griego, católico, frecuentada por Azorín, durante el trienio de la guerra española. Cfr. *París*, 1945. (*O. c.* VII, p. 850). De ellos vuelve a hacer mención en *Valencia*, 1941; recuerda "Los panecitos que el celebrante reparte entre los fieles, al final. Panecitos que son el pan que en el rito latino se bendice al Ofertorio, los domingos, en la misa mayor, y que también es repartido. "Se repartió —y no se vendió, cual se dice— como pan bendito" (*O. c.* VI, p. 133).

sus hijas. Todas ellas se educaron también en Orihuela, en el nuevo Colegio de las MM. de Jesús María.

Los rezos familiares tenían en la casa sitio señalado: el Oratorio. Presidía el Oratorio una imagen del Sagrado Corazón, ornábanlo, además, un Vía-Crucis y dos hornacinas, la una con un Santo Cristo, y la otra con San Pascual. Aquí hacían los niños sus oraciones de la mañana y de la noche y se rezaba el rosario. Aquí oraba la familia con motivo de alguna enfermedad o asunto grave, y se daban gracias al verlo resuelto. Aquí se tenían las devociones particulares del mes del Corazón de Jesús, del mes de María y de San José. Todos los viernes ardía una lamparilla y nunca faltaban flores en el Oratorio.

Habitualmente no se decía misa en el Oratorio. Como la familia gozara siempre de buena salud, iban a la iglesia del pueblo. Cuando murió la madre, se dijeron misas, aquella mañana, en el Oratorio, *corpore insepulto.*

Cabe todavía añadir otro aspecto del ambiente religioso de la casa; éste de carácter socio-religioso: cuando con motivo de alguna novena de la Asociación de las Hijas de María, venía a Monovar algún Padre jesuíta, se solía hospedar en casa de los Martínez Ruiz. Tal costumbre debió de introducirse cuando María, la mayor de las hijas, fue presidenta de dicha Asociación. Con ello, se reanudaba una antigua tradición familiar. En los días lejanos de la expulsión de los jesuítas por Carlos III, algunos de aquéllos, que o por su edad avanzada o por enfermedad no pudieron marchar a Italia, hallaron generosa hospitalidad en la finca del Collado de Salinas. Aquí, también, encontró refugio algún jesuíta en la revolución de 1936.

Es probable —por las fechas y años— que Azorín no coincidiese con ninguno de estos jesuítas, que se hospedaron en casa de sus padres; pero de todas las otras circunstancias, que caracterizaban el ambiente religioso familiar, participó, indudablemente, aunque su participación, por haber sido el primogénito, fuese menor que la de sus hermanos —ya que algunas de estas prácticas piadosas se irían introduciendo y consolidando con los años—,

y, sobre todo, sería menor que la de sus hermanas, siempre más dóciles e inclinadas a los gustos maternos.

En todo caso, las constantes manifestaciones de intensa piedad y de fe viva de madre tan querida no pudieron dejar de impresionar hondamente el espíritu observador y sensible de Azorín —ya en su infancia y con más razón en años posteriores—; y a la impregnación de su espíritu en este intenso ambiente religioso familiar se debe, sin duda, el respeto y aun afecto al catolicismo manifiesto en sus escritos; tan distante de la indiferencia y aun hostilidad de Baroja y Unamuno. Y, sobre todo —pasada la virulencia antirreligiosa de sus años juveniles—, a esto se debe aquella cordial aproximación a la Iglesia, su simpatía por los sacerdotes y religiosos, por las ceremonias del culto, aun en los tiempos de su prolongado alejamiento físico de la iglesia y de los sacramentos.

II *ALUMNO DE LOS ESCOLAPIOS.*

Escribe Unamuno, en sus *Recuerdos de niñez y de mocedad*, 1908: «Mis recuerdos empiezan con los del colegio como es forzoso en niño de villa, nacido y criado entre calles» [20]. Subraya Azorín en sus *Memorias* la importancia de estos años de colegial:

> Ocho meses del año pasó *X*, en los tiempos de su niñez, en distinta comarca; ocho meses todos los años y durante ocho años. Y ello en la época de la vida en que se forma nuestro núcleo espiritual.[21]

---

[20] *Obras completas*, VIII, Madrid, 1966, p. 98. (Las citas de Unamuno las hago por esta edición de Escelicer, dirigida por Don M. García Blanco). De Azorín puede decirse otro tanto, aunque no lo exprese de modo tan categórico. En cuanto a la cláusula "criado entre calles", para su valoración exacta hay que tener en cuenta que Unamuno hace la distinción entre él y los "chicos de la calle", pero, a la vez, distingue entre él y "los niños de estufa, criados en casita al arrimo de alguna aya o de algún curita francés" (p. 102). Azorín dista de ambos extremos, mas su contacto con la calle fue menor que el de Unamuno.

[21] *O. c.* p. 337. En este pasaje, se refiere Azorín a la influencia de la tierra electiva, Yecla, en la que estaba sito el Colegio. Al final de las *Memorias*, se halla otra alusión a esos ocho años de Colegio —aquí el alu-

El Colegio en que se educó Martínez Ruiz era el de los Padres Escolapios, en Yecla, la ciudad natal de su padre y de sus abuelos paternos. Esta circunstancia debe ser tenida muy en cuenta, porque gracias a ella, no es sólo el colegio sino también la ciudad la que contribuye a modelar su espíritu. Azorín no vive aislado entre los muros del colegio, como la mayoría de los internos, sino que los *días de salida* se pone en contacto con la familia paterna, y a través de ella, en su tanto, con el pueblo. De suerte que ha podido decir de sí: «en este pueblo se ha formado mi espíritu».

De Yecla nos ha dejado Baroja una visión sombría en *Camino de perfección*:

> Yécora [Yecla] es un pueblo terrible... No hay en Yécora la torre ojival o románica... No hay allá los místicos retablos de los grandes maestros del Renacimiento español... El arte ha huído de Yécora, dejándolo en medio de los campos, que rodean montes desnudos... lo ha dejado en los brazos de una religión áspera, formalista, seca; entre las uñas de un mundo de pequeños caciques, de leguleyos, de prestamistas, de curas, gente de vicios sórdidos y de hipocresías miserables. Los Escolapios tienen allí un colegio. La vida en Yécora es sombría, tétrica, repulsiva; no se siente la alegría de vivir; en cambio pesan sobre las almas las sordideces de la vida... En aquel lugarón atrasado, hostil a todo lo que fuera piedad, caridad, simpatía humana, no se podían tener más que ideas mezquinas, bajas, ideas esencialmente católicas.[22]

En la hórrida imagen barojiana de aquel pueblo «tan hipócrita como bestial», corresponde su parte a Azorín. Como advierte Granjel: «fue, sin duda alguna J. Martínez Ruiz quien proporcionó a Baroja los datos que le permitieron trazar su pintura [la de Yecla] y también, y esto importa más, las emociones que le hicieron colorear su estampa como allí lo hizo» [23].

---

dido es el Colegio, no la tierra—; señala Azorín su gusto por el apartamiento como efecto de la claustración, "la claustración de ocho años en el Colegio, con intermitencias vacacionales; de los ocho años a los quince ha permanecido él nuestro personaje sujeto a una norma cotidiana y uniforme; en su vida habrá de producirse un cierto gusto por el apartamiento; apartamiento conciliable con la errabundez imaginativa" (*O. c.* VIII, p. 591).

22 P. BAROJA: *Obras completas*, VI, Madrid, 1948, pp. 86-88.

23 L. S. GRANJEL: *Retrato de Azorín*, Madrid, 1958, p. 22.

Fue, sí, Martínez Ruiz quien suministró a Baroja datos sobre Yecla; no por alguna obra suya —*La Voluntad* y *Camino de perfección* se publican el mismo año, 1902—, sino de palabra. La amistad entre ambos era ya estrecha por aquella época. Sin embargo, a la cuenta de Baroja hay que cargar el intencionado amontonamiento de tintas negras, lo hiriente de algunas expresiones. La parte menos sombría del cuadro es, precisamente, la dedicada al Colegio, en la cual es más patente la intervención de Azorín [24].

Pienso que la influencia fue mutua. En aquellas conversaciones sobre Yecla, cuando Azorín escribía *La Voluntad* y Baroja *Camino de perfección*, ¿quién influía en quién? Más adelante me ocuparé de la crítica situación de Martínez Ruiz en ese tiempo. Con todo, el influjo de Baroja me parece indiscutible. La presencia del mismo, durante la creación de *La Voluntad*, viene atestiguada, entre otros datos, por el personaje de la novela, Olaiz, personificación del autor de *Camino de perfección*.

De las dos pinturas que hace Azorín de Yecla —muy semejantes una de otra— la de *La Voluntad* y la de *Las confesiones de un pequeño filósofo* [25], trascribiré la última por corresponder a la infancia y adolescencia de Azorín:

> "Yecla —ha dicho un novelista— es un pueblo terrible." Sí que lo es; en este pueblo se ha formado mi espíritu. Las calles son anchas, de casas sórdidas o viejos caserones destartalados; parte del poblado se asienta en la falda de un monte yermo; parte se explaya en una pequeña vega verde, que hace más hórrida la inmensa mancha gris, esmaltada con grises olivos, de la llanura sembradiza...
>
> En la ciudad hay diez o doce iglesias; las campanas tocan a todas horas; pasan labriegos con capas pardas; van y vienen devotas con mantillas negras. Y de cuando en cuando discurre

---

24 Compárese la descripción que hace Baroja del Colegio en *Camino de perfección* (*O. c.* VI, pp. 92-93) con los pasajes de Azorín que comentaremos en seguida.

25 *Las confesiones de un pequeño filósofo* se publicaron como libro en 1904, todavía a nombre de J. Martínez Ruiz. El seudónimo *Antonio Azorín* (protagonista de *La Voluntad*, 1902, y de *Antonio Azorín*, 1903) empezó a usarlo muy poco después. *Las confesiones* comenzaron a salir en el n.º 3 del semanario *Alma española* del 22 de noviembre de 1903.

por las calles un hombre triste que hace tintinear una campanilla, y nos anuncia que un convecino nuestro acaba de morirse.

En Semana Santa toda esta melancolía congénita llega a su estado agudo: forman las procesiones largas filas de encapuchados, negros, morados, amarillos, que llevan cristos sanguinosos y vírgenes doloridas; suenan a lo lejos unas bocinas roncas con sones plañideros; tañen las campanas; en las iglesias, sobre las losas, entre cuatro blandones, en la penumbra de la nave, un crucifijo abre sus brazos, y las devotas suspiran, lloran y besan sus pies claveteados.

Y esta tristeza a través de siglos y siglos, en un pueblo pobre, en que los inviernos son crueles, en que apenas se come, en que las casas son desabrigadas, ha ido formando como un sedimento milenario, como un recio ambiente de dolor, de resignación, de mudo e impasible renunciamiento a las luchas vibrantes de la vida (*O. c.* II, 54-55).

Otra manifestación de la religiosidad yeclana aparece en *Las confesiones*: En algunas fiestas se permitía al colegial salir del Colegio de víspera; dormía Azorín esa noche en casa de su tío Antonio, y a la madrugada le despertaba

el canto de *los Despertadores*, es decir, de los labriegos que forman la Cofradía del Rosario, y que son llamados así por el vulgo. Yo no sé quién ha compuesto esa melopea plañidera, monótona, suplicante; me han dicho que es la obra de un músico que estaba un poco loco...

Yo la oía arrebujado en la cama, entre esas sábanas rasposas de lino con pequeños gurujones; dormía en la sala; encima de la consola había un gran lienzo con un Cristo entre sayones hoscos; la cama era grande, de madera, pintada de verde y amarillo; recuerdo que la jofaina del agua, puesta en un rincón, siempre estaba vacía.

Primero se percibía a lo lejos un murmullo, como un moscardoneo, acompañado por el tintinear de la campanilla; luego las voces se oían más claras; después, cerca, bajo los balcones, estallaba el coro suplicante, lloroso, trémulo:

No nos dejes, Madre mía;
míranos con compasión...

cantaban enardecidos. Y yo oía emocionado esta música torturante, de una tristeza bárbara, obra de un músico loco[26]

¿Responden estas evocaciones, con su matiz de tristeza, de hastío y hasta de repulsa, a los sentimientos del niño Azorín?

---

[26] Cfr. *O. c.* II, pp. 54-55 y 73-74. Los pasajes paralelos de *La Voluntad* pueden verse en *O. c.* I, pp. 834 y 865-68.

Muy oportuna me parece a este respecto la observación de Vicente Marrero. Comentando los escritos autobiográficos de Maeztu de 1904 y 1908 —notemos la sincronía con los de Azorín—, observa que éstos no son tan «literarios» ni tan «ficticios» como los que se estilaron en su tiempo y como los hicieron, concretatamente, algunos compañeros suyos de generación —recuerda, en particular, los de Unamuno— y añade:

> Ante su mundo infantil, que no es el mismo en cada uno de ellos, las diferencias resaltan con aristas claras, entre otras razones, porque el escritor maduro no es el niño a quien retrata, sino que se retrata él mismo por el modo de evocar su niñez.[27]

Tornando a la pintura azoriniana de Yecla, notemos, ante todo, a propósito de su «terribilidad», que no es exacto, como suele hacerse [28], aplicar o trasladar el calificativo «terrible» al Colegio. Más aún, ni siquiera gusta Azorín, más tarde, asociarlo a su ciudad electiva. En sus *Memorias inmemoriales*, Yecla, la ciudad electiva, la de su padre, es la ciudad «adusta», «severa», «estricta»; Monovar, la ciudad nativa, la de su madre, es la ciudad «apacible», «clara» [29].

Azorín, a quien preocupaba, como hemos visto, en su vejez la cuestión de la herencia, se muestra, también en sus *Memorias*, fluctuante, indeciso, sobre la influencia en él y en su obra, de las dos ciudades, de las dos tierras, la nativa y la adoptiva:

> Entre dos especies sensitivas ha fluctuado constantemente el espíritu de *X*; las dos especies son: la sensación de la ciu-

---

27 V. MARRERO: *Maeztu*, Madrid, 1955, pp. 30-32.

28 W. MULERT califica de *terrible* al colegio; al menos, en la versión española: *Azorín (José Martínez Ruiz). Contribución al estudio de la Literatura española a fines del siglo XIX*, Madrid, 1930, p. 105. Para Ana Krause las tierras semiafricanas de Yecla "caracterizan la fe religiosa de sus habitantes, un catolicismo decadente y formalista perpetuado por las enseñanzas de su colegio de escolapios". Y el autorretrato que traza Azorín en *Las confesiones* tiene un marco: "la terrible ciudad de Yecla, con su austero colegio" (A. KRAUSE: *Azorín. El pequeño filósofo*, Madrid, 1955, pp. 118 y 163). De modo semejante, J. GARCÍA MERCADAL: *Azorín. Biografía ilustrada*, Barcelona, 1967, p. 14, asocia en el ánimo del niño Azorín, la terribilidad de Yecla con el Colegio.

29 Cfr. *Memorias inmemoriales. O. c.* VIII, pp. 363, 369, 414, 441, 588.

> dad levantina, casi mediterránea, y la sensación de la anchurosa ciudad, casi manchega, de antiquísima historia... Las dos sensibilidades, la mediterránea y la manchega, eran necesarias en su personalidad; las dos se completaban y colaboraban en la obra de *X*. La ciudad nativa era la de su madre, y la electiva la de su padre. Intervenía, supongo, un influjo hereditario en este fluctuar de *X* de una a otra imagen... No sé hacia qué lado inclinarme; ni puedo discernir cuál de las dos ciudades, con sus gentes, con sus costumbres, habrá sido más eficaz y decisiva en mi obra *(O. c.* VIII, 337-38, 346 y 364).

Es de advertir que cuando Azorín trata de concretar esta doble influencia, habla de su sensibilidad, de su personalidad y, sobre todo, de su obra. Mas cuando recuerda la huella impresa en su formación, en su espíritu, se refiere exclusivamente a Yecla, tanto en *Las confesiones*, 1904, como en las *Memorias*, 1943: «En este pueblo se ha formado mi espíritu» (II, 54), y del tiempo pasado en el Colegio de Yecla: «Ocho meses todos los años y durante ocho años. Y ello en la época de la vida en que se forma nuestro núcleo espiritual» (VIII, 337).

El segundo texto aclara el primero. Azorín evoca, principalmente, la vida cotidiana del colegial durante esos ocho años, más que aquellos esporádicos *días de salida* —en los que se ponía en contacto tangencial con los yeclanos— siempre extraordinarios, máxime en los internados de aquellos tiempos.

Dada la abundancia de textos de diversas épocas, en los que recuerda sus años de bachillerato —que por su número son ya una prueba de cuán grabados habían quedado en su alma aquellos recuerdos—, y habida cuenta de las diferentes interpretaciones que se dan a los mismos, me parece que es éste el momento oportuno de ponderar los rasgos más salientes y más comentados por sus biógrafos entre estas literarias evocaciones de su vida de colegial.

Los pasajes de *La Voluntad*, relativos al Colegio, y la lectura de *Las confesiones* inclinan, con frecuencia, a tener por equivocada la decisión de los padres de mandar a su hijo José al Colegio de las Escuelas Pías.

De esta opinión participa Antonio Montoro. Piensa que en ello se dejó llevar don Isidro de la moda existente en los pueblos

lucentinos —después de la restauración borbónica— de enviar a sus hijos a educarse lejos de la familia [30].

Más que moda diríamos costumbre y aun necesidad, en pueblos que carecían de Instituto y de Colegios competentes para la enseñanza del bachillerato. Eso, sin contar otros criterios de tipo religioso, muy en consonancia por lo que hemos visto, con el ambiente de la familia Martínez Ruiz. Aparte de estos motivos de carácter general, en el caso de Azorín se daban otros particulares.

En Yecla estaría atendido por la familia paterna, lo que dulcificaba no poco la situación del niño interno [31]. Existía, además,

---

30 A. MONTORO: *¿Cómo es Azorín?* Madrid, 1953, p. 42. Montoro escribe de sí: "Soy del mismo pueblo que Azorín; le guardo un gran respeto. He tomado parte principal en algunos actos de homenaje; conozco bastante bien su obra literaria, aunque se me presente confusa su psicología" (p. 27).

31 De tres parientes de su padre habla Azorín en *Las confesiones*: el tío Antonio y sus tías Águeda y Bárbara. Por la manera de expresarse parece deducirse que, al tiempo de su ingreso en el Colegio, aún no vivía en Yecla su tía Águeda. La tía Bárbara —"creo que era tía lejana de mi padre"— era una de esas viejecitas, tan azorinianas, menudita, encorvada, suspirante ("Ay, Señor"), con la cual coincidía de vez en cuando Azorín en casa de su tío Antonio; "cuando entraba en casa de mi tío Antonio, de vuelta de la iglesia, y me encontraba a mí en ella, me abrazaba, me apretujaba entre sus brazos sollozando y gimiendo" (*O. c.* II, 69).

El tío Antonio era hermano de su padre, vivía sólo, todas las mañanas iba a la plaza para hacer la compra. Era hombre gordo, de abundosa papada, afable y escéptico, "estos hombres buenos y escépticos son terriblemente sensuales... su sensualidad consistía (además de oir la música de Rossini) en devorar beatamente los garbanzos, la carne grasa, las patatas redonduelas y nuevas. Y yo lo veo, con su cara redonda y su papada, cómo rosiga y sorbe los huesos, cómo los golpea contra el plato para que suelten la blanca medula" (*O c.* II, 72-73). "Él era feliz en su modesta posición: no tenía mucha hacienda; poseía unos viñalicos y unas tierras paniegas... Yo no sé si mi tío Antonio había pisado alguna vez las universidades; tengo vagos barruntos de que fracasaron unos estudios comenzados" (*O. c.* II, 68). Estos "estudios comenzados" serían los de bachillerato. Dónde los cursaría no lo dice. Ni él —si era el mayor como parece— ni el padre de Azorín pudieron estudiar en Yecla con los Escolapios: éstos no abrieron el Colegio hasta 1861, instalándose, en parte, en un antiguo convento de franciscanos vacío por la Desamortización.

Su tía Águeda era, también, hermana de su padre, y madre de José Martínez del Portal, primo y cuñado de Azorín, casado con su hermana María; de ambos hace cálido elogio en sus *Memorias* (*O. c.* VIII, 390-92 y 409-11). De su tía Águeda escribe: "Yo no la conocí sino un

otra razón especial. Al niño José le seguía una hermana, María, y a ésta otro niño, Luis, que murió muy pequeño. El Colegio, en tales circunstancias, era la solución más apropiada con el fin de que se educase varonilmente. El mismo Montoro corrobora esta presunción:

> El escritor de Monovar no frecuentó la calle; vivió su primera infancia bien en la escuela, bien en el interior de su vivienda. No pudo practicar apenas los juegos violentos de los muchachos de la época *(O. c.* 40).

Lo confirma Azorín en *Las confesiones*:

> ¿Cuándo jugaba yo? ¿Qué juegos eran los míos? Os diré uno: no conozco otro. Era por la noche, después de cenar; todo el día había estado yo trafagando en la escuela a vueltas con las cartillas, o bien metido en casa, junto al balcón, repasando los grabados de un libro. Cuando llegaba la noche, se hacía como un oasis en mi vida; la luna bañaba suavemente la estrecha callejuela; un frescor vivificante venía de los huertos cercanos. Entonces, mi vecino y yo jugábamos a *la lunita*. Este juego consiste en ponerse en un cuadro de luz y en gritarle al compañero que uno "está en *su luna*", es decir, en la del adversario; entonces, el otro viene corriendo a desalojarle ferozmente de su posesión, y el perseguido se traslada a otro sitio iluminado por la luna... hasta que es alcanzado *(O. c.* II, 40-41).

«Es un juego fino, de niñas» aclara Montoro. El vecino con quien jugaba, concreta Azorín, «era un muchacho recogido y taciturno, que luego se hizo clérigo; yo creo que éste ha sido nuestro único juego». Cabe pensar que otras veces el compañero de juego fuese su hermana María, con la cual se arregló muy bien siempre el primogénito. Como quiera que sea, la corrección, que hace Montoro al texto azoriniano me parece, en este caso, del todo exacta:

---

año antes de morir." Azorín la recordaba muy enferma, "sentada en un ancho sillón, con la cabeza pensativamente apoyada en la blanca y suave mano... Yo iba a su casa sólo de tarde en tarde: los *días de salida*. Entonces, cuando me veía entrar, cuando me acercaba a su sillón, me atraía hacia sí con dulzura y me daba un beso en la frente. "Antoñito, Antoñito —decía suspirando—, yo quiero que seas muy bueno." Y este suspiro y estas palabras, henchidas de una suave melancolía, impregnaban mi alma de un dejo de tristeza" (*O. c.* II, 76).

> Debe ser rectificado un vocablo; el adverbio "ferozmente". Las carreras y los empujones del juego resultaban plácidos, tranquilos. El grito de advertencia o desafío se pronunciaba en valenciano: "En la tehua lluneta estic" *(O. c.* 41).

Añádase que a juzgar por lo que cuenta Azorín en *Las confesiones,* el maestro de Monovar no se lucía como pedagogo. Verían sus padres que el niño no progresaba a pesar de las lecciones particulares, que solían terminar «en un largo y amargo llanto». Por esta causa y por la razón arriba indicada, determinarían llevarlo interno en una edad, es cierto, demasiado temprana, a los ocho años [32].

Refiere Azorín la tristeza con que veía los preparativos del equipaje: el viaje en carro al cuidado del *tío Azul;* el fugaz intento de huida en uno de estos viajes; la angustia indecible que se apoderaba de él —«sentía como si me hubieran arrancado de pronto de un paraíso delicioso y me sepultaran en una caverna lóbrega»—, cuando columbraban desde lo alto de un puerto pedregoso, la gigante cúpula de la iglesia Nueva de Yecla. Ya, en el Colegio, aquel despertar a las cinco de la mañana al ruido de recias palmadas:

> Estas palmadas eran verdaderamente odiosas; pero nos levantábamos —porque de retardarnos hubiéramos perdido el chocolate— y nos dirigíamos, con la toalla al cuello, hacia los lavabos. Aquí poníamos la cabeza bajo la espita y nos corría la helada agua por la tibia epidermis con una agridulce sensación de bienestar y desagrado.
>
> Las horas interminables en el horrible salón de estudio, especialmente la última hora y media de estudio, después del recreo de la tarde. "Nada pesaba más sobre nuestros cerebros vírgenes

---

[32] Esta es la edad que suele dar Azorín. Mas, como dice también repetidas veces, que fueron ocho los años que estuvo interno en Yecla, y fue en junio de 1888 cuando sacó el título de bachiller, habría que adelantar un año su ida a Yecla. En tal caso, habría empezado su vida de colegial en octubre de 1880, a los siete años, cumplidos el ocho de junio. Todavía adelanta Azorín un año su ingreso en el Colegio, en su artículo *Escolapios* de 1946: "Entré en los Escolapios en 1879. Fue en del Colegio de Yecla, provincia de Murcia. Entré en 1879, a los seis años, y salí en 1885" *(O. c.* VIII, 1129). Sin embargo, como la fecha de salida está equivocada, creo que también lo está la de ingreso. No son raros estos fallos de memoria, en cuanto a fechas, en sus escritos tardíos.

> que este lapso eterno que pasábamos a la luz opaca de quinqués sórdidos, en esta sala fría y destartalada, con los codos apoyados sobre la tabla y la cabeza entre las manos, fija la vista en las páginas antipáticas, mientras rumiábamos mentalmente frases abstractas y áridas." Las cenas, "tiritando, en la larga sala con mesa de mármol" (*O. c.* II, 47-49).

Si a estos rasgos —espigados, no al azar, sino de intento, en el emotivo y literario relato de *Las confesiones*—, añadimos el texto, tan traído y llevado, de *La Voluntad*:

> Yo soy un rebelde de mí mismo; en mí hay dos hombres. Hay el *hombre-voluntad*, casi muerto, casi deshecho por una larga educación en un colegio clerical, seis, ocho, diez años de encierro, de compresión de la espontaneidad, de contrariación de todo lo natural y fecundo. Hay, aparte de éste, el segundo hombre, el *hombre-reflexión*, nacido, alentado en copiosas lecturas, en largas soledades, en minuciosos autoanálisis. El que domina en mí, por desgracia, es el *hombre-reflexión*; yo casi soy un autómata, un muñeco sin iniciativas; el medio me aplasta, las circunstancias me dirigen al azar a un lado y a otro (*O. c.* I, 966).

Si ponemos juntas todas estas sombrías reflexiones, la conclusión a la que conducen es que Azorín estuvo siempre a disgusto en los Escolapios. Impresión tan negativa es la que se saca, por ejemplo, de García Mercadal [33]. Ana Krause matiza más:

> En *Las confesiones* es el poeta-filósofo el que reflexiona a través de las vistas del pasado para volver a descubrir su yo de la juventud. El marco para este retrato, la *terrible* ciudad de Yecla, con su austero colegio, aparece ahora transfundida en poesía. Los duros contornos son suavizados, la luz dulcificada. En este escenario enmudecido, la pensativa figura del muchacho "Azorín" se presenta en una perspectiva armoniosa. Cualquier protesta contra este ambiente represivo, donde la tristeza y el tedio, los dos grandes enemigos del hombre, entraron por primera vez en su vida, está velada ahora por un apacible humor (*O. c.* 163).

Esta dulcificación, observada por A. Krause respecto a los textos de *Las confesiones*, se acentúa aún más en otros escritos posteriores, como veremos luego. Pero aun los mismos textos alegados más arriba, si se les examina con ecuanimidad, no dan esa impresión negativa, que hiere a primera vista.

---

33 *Azorín. Biografía ilustrada*, 1967, p. 14.

La imagen de la «caverna lóbrega» —aparte lo que siempre hay en tales imágenes de literario— es valedera, no en sí, sino como expresión de contraste. La vida en los internados era, ciertamente, dura, sobre todo, para un niño de fina sensibilidad como Azorín. De ahí esa sensación de oscuridad, de tunel, para quien dejaba el paraíso de un ambiente familiar gratísimo, como el que disfrutaba Pepito con sus hermanos en la casa de Monovar. Pero ésta es una primera impresión —que otros hemos sentido también en idénticas circunstancias—, la cual se va difuminando al paso de los días. El mismo Azorín cuando recordaba de viejo, en sus *Memorias*, estos viajes, «por un caminejo pedregoso, con hondos baches; el carro saltaba en las piedras y rechinaba», no emplea la imagen de la caverna, sino la metáfora de «cautiverio docto». Ni parece que la tristeza fuese tanta, ya que a la hora de la comida campestre comía con gran apetito:

> A mediodía, en el caminar lento, comíamos de fiambre; no he comido nunca con más ganas. Nuestro ordinario lo formaban lomo adobado, tortilla de tres dedos de grosor, longaniza frita, longaniza con ajo o sin ajo, peras o manzanas y gruesas nueces todavía tiernas (*O. c.* VIII, 364).

Todavía es menor, mucho menor, en orden a demostrar el disgusto y rebeldía del colegial, el valor deductivo de la frustrada escapatoria. Se trata de un hecho en singular, —no repetido como da a entender Montoro [34]— y acaecido en uno de los primeros viajes —y no más tarde— a juzgar por la descripción que de él nos hace. De haber sucedido cuando era algo mayor, no le hubiese sido tan fácil al criado alcanzar al muchacho, que arrojándose del carro corría a campo traviesa; y mucho menos, pretender tranquilizarle, diciéndole «dando grandes carcajadas: "No, no, Antoñito; si no vamos a Yecla"» (*O. c.* II, 45).

---

34 "No cabe dudar de la rebeldía del niño Azorín durante estos viajes de odisea; trataba de protestar, con los ojos húmedos de llanto. ¿Qué eficacia podía tener su protesta ante el socarrón carretero? El "Tío Azul" sonreía; le cogía del brazo para que no se escapase; le decía: —Vamos, calma, calma. "¡No, no, Pepito; si no vamos a Yecla!" (*O. c.* p. 43).

En el relato de las *Memorias,* Azorín ha omitido el episodio de la fuga. ¿Se trata de algún episodio fingido? En absoluto podría serlo, puesto que en el título de *Las confesiones* figura la palabra *Novela.* Sin embargo, al final de la misma se afirma «que se trata de una biografía», y la narración del intento de huída tiene todos los visos de real. Eso sí, la omisión reduce, indiscutiblemente, su posible valor argumental.

Con abundar en *Las confesiones* la pintura de lugares y personas, no nos ha dejado en ellas ningún autorretrato literario de estos años. Su compañero de escuela, *Marcolán* (Silvestre Verdú), compañero, también más tarde, en la Universidad de Valencia, dice que «era un niño alto, rubio, pensativo, poco ruidoso y afable» [35]

No era, indudablemente, Azorín un muchacho travieso y pendenciero, sino, más bien, ensimismado, contemplativo. No quiero con ello decir místico —de esto hablaré después—, sino inclinado desde niño a la contemplación del paisaje y a la observación de la naturaleza. Contemplación que no implica retraimiento de los patios de recreo. Su observatorio no era otro que el salón de estudio:

> Desde las ventanas de la sala de estudio se divisaba el panorama de la chica vega del pueblo. A lo lejos cerraba el horizonte una montaña. Muchas veces he contemplado yo este espectáculo, puesto el codo en el pupitre y la mano, clásicamente, en la mejilla... en su niñez infinitas veces había levantado *X* la vista de los libros y la había posado en la breve vega *(O. c.* VIII, 1129 y 346).

¡Cuán distante de este recuerdo apacible de su vida en el Colegio, la imagen del escolar inadaptado, del muchacho taciturno, melancólico, que traza Montoro!

> Creo sinceramente que la terrible angustia de alumno interno durante ocho años, ausente de su madre; este silencioso sufrimiento de un corazón sensible de sobra, sólo pudo vencerlo Azorín por esa atracción apasionada que le inspiran los paisajes: espectáculo diverso del mar, de la tierra y del cielo; aspectos contradictorios también del paisaje espiritual; especialmente del propio espíritu. Cuando termina sus estudios del Ba-

---

35 *Azorín, íntimo,* p. 98.

> chillerato, y sale por fin de Yecla, es ya un mozo robusto, con una inteligencia extremadamente audaz, pero que tiene miedo a la vida (*O. c.* 44).

Y a continuación trascribe el conocido pasaje de *La Voluntad,* antes recordado.

Quedémonos con la afirmación final de que al terminar sus estudios de bachillerato era «ya un mozo robusto». Aquel niño de aspecto, no enfermizo, pero sí delicado, como le vemos en un retrato con el uniforme de colegial, sale de Yecla robustecido con los paseos y juegos [36], que practicara en el Colegio. Pienso que no llevan asociado recuerdo alguno autobiográfico las palabras de Azorín sobre Larra, en uno de sus primeros escritos: «Desde niño fue Larra de carácter cerrado, prendado del estudio silencioso, enemigo de los juegos de la infancia. Su espíritu no tuvo las expansiones propias de la edad» [37].

Lástima que Azorín no nos haya dejado de sus años de bachillerato una síntesis tan apretada como la que nos dió de los suyos Maeztu, su compañero de generación, solamente un año menor que él:

> Maeztu fue un niño altanero y feliz; su padre, que le quería con cariño ambicioso y exclusivo, le sometió en sus primeros años a severa disciplina intelectual, moral y física, reglamentando férreamente su vida, sujetando a horario sus estudios, sus ejercicios y sus juegos, dándole profesores de idiomas, cultura general, gimnasia, esgrima, equitación, dibujo y música, y constituyéndose en educador de su hijo. Y así, hizo del muchacho un primer premio del bachillerato y el mocete más duro y más intrépido entre los de su edad y población.[38]

---

36 Aunque, en su descripción de la vida en el Colegio, no habla Azorín de los juegos, fue, sin duda, en el Colegio donde aprendería a jugar a la pelota. De no haber jugado de chico, no creo que Azorín hubiese practicado este juego en sus años de universitario. Véase MONTORO: *O. c.* pp. 53-55, donde describe un partido a cesta jugado con Verdú, en el Trinquete de Monovar.

Igualmente, J. Alfonso nos dice que era "muy aficionado a la pelota —una vez me cambió varios libros por cinco pelotas flamantes de baqueta—, Azorín jugaba partidos a cesta en el trinquete pueblerino. Yo jugaba con él y con su hermano Amancio, más tratable y simpático que Pepe y persona discreta y culta" (*Azorín, íntimo,* pp. 98-99).

37 *Anarquistas literarios,* 1895. (*O. c.* I, p. 164).

38 Apareció este artículo en el semanario *Alma española* del 24 de enero de 1904, con el título: *Juventud menguante. Ramiro de Maeztu.* Tomo la cita de la reproducción en *Cuadernos Hispanoamericanos,* 33-34 (1952). Homenaje a Ramiro de Maeztu, pp. 186-87.

Mas, afortunadamente, tal lamentación sólo tiene lugar a medias: Azorín, próximo a cumplir los setenta, tratando de darnos su impresión de estos años yeclanos, lo hizo de la forma más concisa y clara que pudiéramos desear, siquiera nos resulte demasiado escueta. En su artículo *Leer y leer* de 1941, leemos: «Ocho años de mi infancia los he pasado en un Colegio de Escolapios. Los considero como los mejores de mi vida» [39].

Y lo remacha en 1943: «El pensamiento de *X* volvía de cuando en cuando a los años pasados en la severa Ciudad; eran para él sus mejores años» [40].

«Sus mejores años». Azorín, que en tantas cosas se fue rectificando, noblemente, a lo largo de su vida, hizo en 1941 esta rectificación a sus impresiones de 1902 y 1904. Esto no obstante, sigue repitiéndose, como hemos visto, la leyenda negra de sus años de colegial, basándose en el texto de *La Voluntad* y en algunos pasajes de *Las confesiones,* como si no existiesen documentos posteriores.

En realidad, más que de una rectificación se trata de una feliz ampliación del pensamiento de Azorín sobre la educación recibida en Yecla a todos los internados de religiosos. A las palabras trascritas añade las siguientes:

> Soy defensor acérrimo de los internados religiosos. Se adquieren en ellos, entre otras cosas, tres virtudes fundamentales en la persona: el amor al orden, la puntualidad y la limpieza. Y sobre estas excelencias hay, en quien se ha educado en esos colegios cierta nota de gravedad, cierta ansia por lo espiritual, cierto anhelo hacia lo infinito, que es indiscutiblemente lo que da valor a la vida y lo que realza el mundo (O. c. IX, 1221).

Cinco años más tarde, en 1946, refiriéndose en concreto a sus años con los Escolapios, se pregunta:

> Y ¿cuál es, en suma, la impresión sacada de estos años de internado en los Escolapios? El espíritu de una Orden es difí-

---

39 Publicado en la revista *Escorial,* mayo, 1941; reproducido en *A voleo* (1905-1953), *O. c.* IX, 1959, p. 1221.

40 *Memorias inmemoriales,* cap. XV. Los cuarenta y cinco primeros capítulos de las *Memorias* se imprimieron por vez primera en las *Obras selectas,* Madrid, 1943. El pasaje citado, en *O. c.* VIII, p. 369.

> cil de captar; los recuerdos infantiles son en algún modo falaces. Sentimos en la senectud como en la senectud, y no, naturalmente, como en la niñez. Sería preciso, en este caso, comenzar por establecer las líneas generales de la pedagogía en los Escolapios. ¿Y no habríamos de iniciar estos estudios con lo exterior, con los modales, cosa esencialmente educativa, para proseguir estudiando luego el espíritu, la esencia, de toda una pedagogía tradicional?

Resume, luego, varios rasgos interesantes, relativos a los modales, selecionados de dos libros de «urbanidad» de las Escuelas Pías del primer cuarto del siglo XIX, y —siguiendo una costumbre muy azoriniana de dejar esbozados simplemente los temas[41]—, termina así el artículo:

> Y en lo que toca a los Escolapios después de haber estudiado los modales, sería preciso entrar en el examen de lo que constituye el núcleo de su pedagogía. Si se pide mi experiencia personal la resumiré en dos palabras: cordialidad, llaneza.[42]

---

[41] Los dos "libritos de civilidad", aludidos en el texto, son el del escolapio P. SANTIAGO DELGADO: *Catecismo de urbanidad civil y cristiana*, 1817, y otro anónimo, *Lecciones escogidas para los niños que aprenden a leer en las Escuelas Pías*, 1825. Parecía el momento oportuno para darnos su opinión o comentario a la pedagogía calasancia. No lo hace, pese a haber sido esta materia tratada por el P. Lasalde —tan querido y elogiado por Azorín—, del cual dice en *La Voluntad* "que trabaja muy finos libros de pedagogía infantil para editores de Suiza y Alemania"; y cuya obra: *Sistema pedagógico de San José de Calasanz*, 1885, conocería.

[42] Del artículo *Escolapios*, 1946, recogido por Cruz Rueda bajo el título: *In hoc signo...* (*O. c.* VIII, pp. 1130-32). Por coincidir con este tan merecido elogio azoriniano de la educación calasancia, quiero que aparezca, en esta nota, el de otras dos figuras señeras de nuestras Letras contemporáneas, discípulos ambos de los Escolapios: Ramón Gómez de la Serna (en su prodigiosa biografía *Automoribundia*) y Camón Aznar: "Al volver a Madrid en 1901 [después de los tres años pasados por Ramón en Frechilla y Palencia], otra experiencia que nos llena de alegría a los que hemos sido también colegiales de las Escuelas Pías. Ramón que es tan severo al juzgar todas sus experiencias pedagógicas, recuerda con emoción y amor su estancia en los Escolapios de San Antón. "Mi recuerdo de ese caserón de la calle de Hortaleza es entrañable y no me desdeciré de él nunca. Era un colegio de decencia y de misterio. Los padres escolapios gozan del cielo que se ve por sus ventanas y tienen la parsimonia de los que saben que la infancia es una primavera que se repite como la de los brotes y las nuevas flores de las macetas que decoran sus ventanas." Su pedagogía es la del compañerismo, confianzudo e inocente con los alumnos. Los dos —profesores y colegiales— en el mismo plano de humanidad, sin pedantería, sin intimismo, sin rigor y sin austeridades místicas" (J. CAMÓN AZNAR: *Ramón Gómez de la Serna en sus obras*, Madrid, 1972, p. 200).

Pero no sólo en estos textos del Azorín setentón, también es favorable la impresión que dejan *Las confesiones,* sobre todo si las comparamos con las conocidas novelas *A. M. D. G.* y *El obispo leproso,* en las que se pinta con colores sombríos la vida en los colegios de jesuítas. Azorín no adopta una postura hostil, de acerba crítica de la educación y de los educadores; ningún ataque a la moralidad, malévolamente desfigurada por Miró y Pérez de Ayala. La pintura que hace Azorín de los rectores y profesores es benévola [43], con un repunte de ironía —frecuente en sus primeros escritos— y de cariñoso elogio para su primer Rector el P. Lasalde [44], que unía a su ciencia inestimables dotes de educador:

> A los niños el padre Lasalde los trata con delicadeza, con una delicadeza tan enérgica en el fondo que les pone respeto y hace inútiles los castigos violentos. Él los disuade de sus instintos malos hablándoles, uno por uno, bajito y como de cosas que sólo a ellos dos les importan; él los halaga cuando ve en ellos una vislumbre de generosidad y de nobleza. Y no grita, no amenaza, no aterra; anda silenciosamente por los dormitorios durante la noche; se fija cuidadosamente en la sala de estudio en cómo trabaja cada uno; los observa y estudia sus juegos cuando retozan en el patio. El Padre Lasalde es un hombre bueno y un hombre sabio (*O. c.* I, 868-69).

Esta ya larga digresión sobre los años trascurridos en el internado de Yecla —necesaria, en cierto modo, por como son interpretados generalmente—, dice no poco en favor del espíritu

---

43 El P. Peña, lector de *El Siglo Futuro,* el P. Miranda, que fue unos años Rector, el P. Joaquín, que leía *El Imparcial,* con asombro admirativo del niño Azorín (*O. c.* II, pp. 58-61 y 63-65). "Hubo después del P. Lasalde —escribía en 1946—, durante mi internado, otros rectores: el padre Angel V. Alonso, dulcemente inquisitivo, amigo de investigar la verdad sin violencia, y el padre Francisco Miranda, un poquitín sarcástico, de inteligencia viva. Sobre el padre Carlos Lasalde he escrito en mi novela *La Voluntad*; le he recordado también en otros libros y en artículos de revistas y periódicos. No se borrará su figura de mi memoria; no se borrarán tampoco las de los otros maestros. Los rectores que acabo de nombrar eran muy queridos de todos los colegiales" (*O. c.* VIII, p. 1130).

44 El P. Carlos Lasalde, que estuvo en Yecla de 1868 a 1882, fue excelente religioso, arqueólogo, latinista, filólogo, pedagogo, bibliógrafo de su Orden y escribió libros y artículos de estas materias diversas; tuvo más tarde trato estrecho con Azorín, recordado siempre por él con admiración y cariño. Véase el artículo de J. M. DOMÍNGUEZ: *El P. Carlos Lasalde en la obra de Azorín,* en *Analecta calasancia,* 1969, pp. 65-83.

religioso del adolescente Azorín al terminar el bachillerato. Quisiéramos, no obstante, poder confirmarlo con algunas vivencias personales. Apenas nos es dado hacerlo, debido al tono descriptivo —tan de su agrado— dominante en este punto en los recuerdos del escritor monovero.

Recuerda en *Las confesiones,* los rezos de los colegiales:

> Cuando nos habíamos acabado de vestir, nos poníamos de rodillas en una de las salas; en esta postura rezábamos unas breves oraciones. Luego, bajábamos a la capilla a oir misa... Cuando habíamos despachado la cena... subíamos al segundo piso. Entonces nos arrodillábamos, rezábamos unas oraciones y cada uno se dirigía a su cama... Nosotros hacíamos nuestras oraciones en la capilla particular que a este fin teníamos en el piso principal; pocas veces nos llegábamos a la iglesia, contigua al colegio. Y eran los días en que había sermón —que oíamos sentados en los bancos del coro—, o las fiestas de Semana Santa, en que permanecíamos mortalmente en pie, en el centro de la nave, durante las horas interminables de los Oficios, bien apoyándonos sobre una pierna, bien sobre otra, para engañar nuestro cansancio *(O. c.* II, 46-49).

Además de este rasgo personal, del natural cansancio experimentado en los largos Oficios de la Semana Santa, hallamos otra interesante nota subjetiva, referente a la misa:

> Esta misa diaria, al romper el alba, ha dejado en mí un imborrable sedimento de ansiedad, de preocupación por el misterio, de obsesión del por qué y del fin de las cosas... *(O. c.* II, 47-48).

¿Hasta dónde responden estas palabras a los sentimientos del niño y del adolescente, en esas misas mañaneras del Colegio? La palabra «sedimento» dice relación no tanto a emociones de aquellos días, cuanto a las reliquias de las mismas depositadas en el alma; y la «ansiedad» se produciría, tal vez más tarde, al revolver en el recuerdo esos posos, con mentalidad distinta, la del Azorín de los primeros años del siglo. Si bien la idea del fin de las criaturas sea reflejo de algunos Ejercicios espirituales tenidos en el Colegio, el matiz obsesivo parece más propio de reflexiones posteriores.

Fuera de esta referencia a la misa y del rasgo —antes recordado— del despertar en casa de su tío Antonio con el canto de

los cofrades del Rosario de la aurora, ninguna otra vivencia personal de tipo religioso hallamos en sus escritos [45], ni siquiera al día memorable de su primera comunión; la cual, indudablemente, por lo temprano de su ingreso en el Colegio y por la costumbre de aquella época, anterior a San Pío X, hubo de hacerla siendo colegial.

En este punto —como en tantos otros—, hay notable diferencia entre Azorín y Unamuno. En *Recuerdos de niñez y de mocedad,* refiere don Miguel, con todo lujo de detalles, pintorescos y emocionales, sus recuerdos de la Semana Santa:

> Para cada cual las mejores procesiones de Semana Santa, las más poéticas, son, las de su pueblo. En ellas vió representarse al vivo el drama de la Pasión. Las procesiones de Semana Santa de mi Bilbao de hace más de veinte años son las más solemnes, las más misteriosas, las más hondas que he presenciado ni presenciaré.

No menos viva fue la huella que dejó en su memoria la procesión del Corpus:

> ¡Oh, y qué dulce recuerdo íntimo, qué recuerdo de vida nueva tiene para mí esta primaveral procesión de Corpus de mi Bilbao, esta procesión que hace tantos años, tantos que no he vuelto a ver!... Fue en la calle de Bidebarrieta, bien lo recuerdo; fue en primavera. De los balcones llovían rosas sobre el Santísimo y también sobre mi alma, que apenas dejaba la infancia llovían desde el cielo rosas de primavera!... Después me han dado frutos y espinas.

En cambio,

> De mi primera comunión recuerdo muy poco, casi nada. Tanto y tanto se nos prepara para ella, tanto se le habla al niño de delicias y consuelos que no necesita porque no se halla desconsolado ni afligido; tanto se le quiere sugestionar, que cuando llega el acto, el niño, poco sugestionable en realidad, se queda frío. Yo sólo me acuerdo de las reuniones preparatorias, en la sacristía de San Juan, chicos y chicas juntos, sentados en el suelo, ellas en trenzas y de corto, dando tirones a las sayas para tapar lo mejor posible las pantorrillas *(O. c.* 126 y 128).

---

[45] La evocación de las procesiones de Semana Santa —antes trascrita— más que un sentimiento personal del colegial, es un argumento aducido por el Azorín maduro, para probar la tristeza secular del pueblo yeciano, que trata de explicar como un sedimento milenario de los primitivos moradores de Yecla que labraron las estatuillas del Cerro de los Santos.

Por fortuna, esta trivial referencia de Unamuno a acto tan trascendental en la vida cristiana provocó en otro vasco de la generación del 98, Maeztu —nótese que estamos en 1908—, una preciosa réplica, que, por ser de quien es y por hallarnos en su año centenario, me parece oportuno trascribir aquí:

> ¿Por qué generalizará Unamuno? ¿Qué demonio ilógico le moverá a universalizar sus experiencias? Yo no olvidaré nunca, no sólo mi primera comunión, sino mis primeros años de misticismo. Tampoco yo estaba desconsolado y afligido. ¿Quién lo está a los diez años? ¿Y podrá darse nada tan inefable como recibir la comunión, con los ojos llorosos, en la capilla de la Concepción de la Iglesia de San Miguel, retirarse unos pasos, cerrar los ojos y sentirse volar, lejos de sí, mirar con ojos que lo abarcan todo a las ciudades misteriosas de que sólo se conocen los nombres, remontarse por el azul y rodearse de unas estrellas grandes, grandes, como monedas nuevas de dos reales?[46]

Contrasta con estas citas de Unamuno y Maeztu, tan cordialmente emotivas, la escueta parquedad de Azorín. Habrá que buscar la explicación en la diferencia de temperamentos: espontáneo y efusivo el de Unamuno y Maeztu, reconcentrado y lacónico el de Azorín. ¿Procederá su laconismo de indiferencia hacia el fenómeno religioso al evocar sus recuerdos de infancia y adolescencia? No parece que sea así. Cuando Azorín traza la semblanza de Castelar, al recorrer las fuentes de la misma, dice que «de Castelar lo mejor estudiado ha sido su período de iniciación: infancia y adolescencia». Sin embargo, de este período no recoge más que un rasgo, relativo a su infancia —tomado de su autobiografía, «escrita en tercera persona, como si se tratase de otra individualidad»—; y es el siguiente: «Emilio Castelar —son pala-

---

[46] El pasaje está tomado del artículo de D. GAMALLO FIERROS: *Hacia un Maeztu total* (*Cuadernos Hispanoamericanos*, 33-34 (1952) pp. 287-88). El sacerdote que le dio la primera comunión tuvo gran influencia en la permanencia de Maeztu en la Iglesia; así lo reconoce él en el relato de su conversión, publicado en 1935: "Don Emeterio de Abechuco, párroco de la iglesia de San Miguel, en Vitoria, donde fui bautizado, quien me preparó muy especialmente para la primera comunión, haciéndome ir a su casa por las tardes para explicarme detalladamente los dogmas de la Iglesia. El recuerdo de don Emeterio, altísimo y ascético, huesudo y grave, amigo de los libros y muy caritativo, quedó en mi mente fijo como modelo de rectitud y de bondad" (S. LAMPING: *Hombres que vuelven a la Iglesia*, Madrid, 1945, p. 212).

bras de la autobiografía— unía entonces a un exaltado amor hacia la libertad un exaltadísimo misticismo, obra de la religiosa educación que recibiera en el regazo de su idolatrada madre» (*De Granada a Castelar,* 1922, *O. c.* IV, 359 y 357).

Convengamos ante tal confesión, en que las circunstancias temperamentales de Castelar no diferían mucho de las de Unamuno, pero notemos la particularidad, por lo que se refiere a Azorín, de la coincidencia de éste con Castelar en la educación religiosa recibida de su madre, en el entusiasmo de ambos hacia ella, y, sobre todo, en ser él quien recoge este texto autobiográfico, para probar que «el espiritualismo de Castelar no es, como se juzga, de última hora... es de primera hora».

Igualdad de circunstancias tan notoria parece que está pidiendo una declaración semejante. ¿Porqué, pues, Azorín al evocar idéntico período de su vida, en sus *Confesiones* o en sus *Memorias* tardías, no hizo de sí mismo parecida confesión? La respuesta puede ser doble. De una parte, su recordado empeño, tan tenazmente guardado, de celar cuidadosamente su intimidad; mas de otra parte, ¿porqué no confesar que esa exaltación mística, en los años de infancia y adolescencia —tan paladinamente confesada por Castelar y Unamuno—, no se dio, al menos en tal grado, en Azorín? Sería, con todo, injusto argüir de su silencio frialdad de espíritu; estado de alma, que ningún dato positivo da derecho a suponer en él por este tiempo.

III *AÑOS UNIVERSITARIOS.*

En realidad, la formación religiosa de Azorín puede darse, prácticamente, por acabada cuando abandona el Colegio de Yecla. No debemos, sin embargo, juzgar de su valor por los resultados. Es menester ir con tiento en este juicio y ponderar los influjos ambientales, que contribuyeron al desenlace.

En junio de 1888, recién cumplidos los quince años, obtiene el muchacho José Martínez Ruiz, en Murcia, el grado de ba-

chiller. En octubre de ese año, siguiendo una tradición familiar, empieza en Valencia la carrera de Derecho. En lo tocante a su espíritu en esos años universitarios, sólo sabemos de la pérdida de la fe y de la desoladora desorientación religiosa de su alma. Y esto, no porque hable de ello en su libro *Valencia,* 1941, o en sus *Memorias,* 1943-46, —como podría esperarse—, sino por algunos pasajes de sus escritos juveniles. Cómo y cuándo sufre esta honda crisis religiosa no es fácil precisarlo. Ciertos indicios y la comparación con Unamuno, con sus analogías y discrepancias —más éstas que aquéllas— ayudarán a esclarecer un tanto este punto.

Durante el bachillerato, ambos satisfacen su afición a la lectura con la biblioteca paterna. En Unamuno se despierta ya en estos años su inclinación a la Filosofía y se entrega a la lectura de Balmes y de Donoso Cortés, «únicos escritores de Filosofía que encontré en la biblioteca de mi padre» [47]. En Azorín la curiosidad es más dispersa, le atrae especialmente la literatura. Su afición a los clásicos —que ejercieron, luego, en su obra tan dilatado influjo—, nació ya en el Colegio [48]. Y, en las horas de

---

[47] Su padre había ya muerto, y aunque no era hombre de estudios tenía una escogida y limitada biblioteca de orientación estrictamente católica.

[48] La presencia de los clásicos en la obra de Azorín es dilatada y múltiple; sobre la influencia ejercida por ellos en su estilo opina J. Alfonso: "Yo disiento del maestro cuando dice que su estilo se formó leyendo a Descartes. El formidable, el glorioso, el original estilo de Azorín —es opinión mía muy modesta pero personal— nació en el colegio de los padres escolapios de Yecla, donde el estudiante Pepito Martínez Ruiz se moldeó en austeras, concisas y sapientes disciplinas mentales. ¿Que luego redondearon ese estilo nuestros clásicos, Descartes y Montaigne? Resulta a estas alturas un axioma" (*Azorín, en torno a su vida y a su obra,* Barcelona, 1958, p. 144).

A propósito del influjo de los autores españoles del siglo XVII en el estilo de Azorín, nota Valverde en particular el de Zabaleta; y puntualiza que este estilo de "frase breve y ordenación sintáctica simple y monótona", empleado por Azorín con perfecto dominio en *El alma española,* 1900, debe más al habla conceptista y latinizante del neo-barroquismo español, que al francés, (J. M.ª VALVERDE: *Azorín,* Barcelona, 1971, pp. 129 y 190). Reconociendo lo agudo de la observación, pienso que, en la evolución de la prosa española hasta llegar a la de *El alma española,* estudiada por Valverde, no se ha señalado la importancia de *Clarín*: En el descenso o ascenso —como se quiera— de la prosa oratoria decimonónica

vacaciones, su pasión por la lectura encontró pábulo suficiente en los clásicos y en los novelistas de aquella hora, *Fernán Caballero,* Alarcón, Pereda, de la biblioteca paterna.

Llegados a la Universidad, los dos sucumbieron a la tentación de leer autores peligrosos y prohibidos. En los últimos años de bachillerato, Unamuno tuvo un período de fervor religioso: «Soñaba en ser santo». Fueron sus tiempos de congregante mariano en la Congregación de San Luis Gonzaga de la bilbaína basílica de Santiago. En esta favorable situación espiritual, comenzó Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid. «El primer curso iba a misa todos los días y comulgaba mensualmente». Llevado del afán de racionalización de su fe, sin guía que le orientase —no trató, al parecer, de buscarlo—, se embarcó en el estudio de la filosofía moderna, es especial de Hegel y del positivismo:

> La labor de racionalizar la fe íbala carcomiendo, despojándola de sus formas y reduciéndola a sustancia y jugo informe. Así es que al salir de misa en la mañana de un domingo —hacía tiempo que no iba a ella sino en los días festivos— se preguntó qué significase ya en él tal acto, y lo abandonó desde entonces, sin desgarramiento alguno sensible por el pronto, como la cosa más natural del mundo.[49]

---

al estilo cortado, de corto aliento y dejo gálico, el peldaño anterior al definitivo de Martínez Ruiz es el de Leopoldo Alas, tan estimado y leído por Azorín y como él de intensa formación francesa.

[49] Cfr. *Recuerdos de niñez y de mocedad* (*O. c.* VIII, pp. 146-147) y *Paz en la guerra* (*O. c.* II, pp. 126-127). El P. N. GONZÁLEZ CAMINERO: *Unamuno,* I, Burgos, 1948, ha estudiado con profundidad estos "Pasos de la crisis ideológica" de Unamuno universitario —años 1880-1884—: "Algo francamente laudable hay en este empeño de Unamuno por alcanzar un conocimiento ilustrado de las verdades católicas en que había crecido y sido educado. El primer impulso y la intención con que tomó estos trabajos tan impropios de un adolescente, fueron, sin duda, buenos. Pero el vicio de origen de que adolecieron, o sea, el haber quedado entregados a la personal iniciativa del propio Unamuno, los convirtió en el extravío más deplorable de que puede ser víctima un joven, falto en absoluto de experiencia y de capacidad para orientarse por sí mismo... Cuando un hombre, digamos mejor un muchacho —éste es el caso—, se empeña en descubrir por sí mismo la racionabilidad de la fe católica, y al mismo tiempo que se aleja de teólogos y confesores, para no sentir su influjo y conservarse en una zona de imparcialidad, se enfrasca ilusionado en la filosofía de los librepensadores, lo menos malo que le puede suceder es que éstos le presten los principios y las normas según las cuales enjuicie la verdad que examina, o por lo menos le

Tan interesantes vivencias religiosas las pone Unamuno en la persona de Pachi Zabalbide, su contrafigura en su primera novela *Paz en la guerra*. Azorín, que tantos datos autobiográficos fue dando en diversos personajes de sus novelas, no nos ha dejado nada semejante.

Las diferencias son claras. Así como —según dije antes— no hay fundamento para suponer en Azorín una crisis, ni en las creencias, ni en la piedad, en los años finales del bachillerato, tampoco existe ningún dato positivo sobre una intensificación de su prácticas religiosas durante esos años. En este sentido, cabría pensar que la capacidad de resistencia del novel universitario al ambiente laico o antirreligioso de la Valencia del joven Blasco Ibáñez, fuese, tal vez, inferior a la de Unamuno. De aquí que el abandono de la misa y de los sacramentos, lo mismo pudo ocurrir a poco de su ingreso en la Universidad que más tarde de un modo paulatino; aunque parece más probable lo segundo.

De lo que no me cabe duda es de que en Azorín no se dio ese empeño por racionalizar la fe, que presta tanta actualidad al caso de Unamuno. Tal postura, en aquellas fechas, era insólita; resulta comprensible, en la peculiar sicología reflexiva de aquel precoz muchacho razonador y sentimental a la vez, empecinado en buscar un substrato racional en el que apoyar su fe, en sus nuevos estudios filosóficos. Pero no es presumible en el joven Martínez Ruiz, que por estos años, no se siente atraído como Unamuno por los estudios serios de la Filosofía, sino ávido de ampliar sus conocimientos en diversas materias:

> Azorín lee en pintoresco revoltijo novelas, sociología, crítica, viajes, historia, teatro, teología, versos... Él no tiene criterio fijo: lo ama todo, lo busca todo. Es un espíritu ávido y curioso.[50]

---

creen un clima ideológico dentro del cual no sea moralmente posible otra solución que una apostasía formal de la Iglesia" (pp. 58-59).

Ténganse presentes estas atinadas observaciones para enjuiciar en su tanto el caso de Azorín.

[50] *O. c.* I, p. 852. El texto pertenece a *La Voluntad*; y aunque parece acomodarse más a una época de su vida algo posterior, como dispo-

Otra analogía se puede señalar. La pérdida de la fe y el abandono de las prácticas religiosas no fue en ellos, como en tantos otros, consecuencia de una vida desordenada e inmoral. La conducta de Unamuno en este punto fue ejemplar. De Azorín faltan argumentos positivos concluyentes. En *Valencia,* hallamos una apelación a su «austeridad en el vivir», que por las circunstancias en que la hace, bien puede remontarse a estos años. La cual viene corroborada por esta afirmación:

> No podría yo sentirme fuerte en mi posición si se me pudiese impugnar con argumentos que atañeran a inmoralidad, disipación espiritual o desorden de vida.[51]

Con tan escasos datos, es difícil precisar cuál haya sido el proceso seguido por Azorín en el desmoronamiento de sus creencias, patente en sus escritos de juventud. Parece claro que mientras en Unamuno se produjo por influjo, diríamos exclusivo, de las lecturas, fue debido en Azorín a los libros y a las personas. Podríamos reconstruir los hechos en esta forma.

Se sabe de una visita que hizo Azorín en Valencia a don Teodoro Llorente, para el cual llevaba una carta de presentación. No se dice en *Valencia* quién fuese el autor de la carta. Parece, con todo, bastante seguro que se trata de don Miguel Amat y Maestre, primo de su madre, del cual ha trazado una viva y detallada estampa en el personaje Pascual Verdú de su novela *Antonio Azorín* [52].

---

sición de alma creo que puede aplicarse también a estos años de Valencia.

También, en *Superrealismo,* 1929, evocando el ambiente de Monovar en 1890, se describe a sí mismo como un "joven apasionado de novedades, curioso, lector infatigable" (Cfr. *El libro de Levante, O. c.* V, 407).

[51] *O. c.* VI, p. 45. Confieso que, en el contexto del cap. X: "Discrepancia" —en el que se encuentran las palabras trascritas—, no adquieren éstas nueva luz. El sentido queda impreciso.

[52] Sobre la identificación del personaje de la novela no hay duda, tanto por diferentes datos consignados en el relato de Azorín, como por el testimonio de Gómez de la Serna: "ese Pascual Verdú, que en las confidencias que Azorín me ha hecho de quiénes fueron algunos personajes de sus obras, resulta ser don Miguel Amado (*sic*) y Maestre" (*Azorín,* cfr. R. GÓMEZ DE LA SERNA: *Biografías completas,* Madrid, 1959, p. 1183).

Los pasajes de *Antonio Azorín* relativos a Amat y Maestre (*O. c.* I, pp. 1048-1067; 1074-1078; 1080-1081), son "una página de nuestra his-

Don Miguel Amat y Maestre estudió con brillantez Leyes en la Universidad de Valencia por los mismos años que Teodoro Llorente. El año 1895, en que se graduó, fue premiado con Llorente y Querol en unos Juegos Florales. Azorín remontándose a los días de su niñez, recuerda una visita hecha a su tío en compañía de su madre. Ve a su madre sentada en un sofá abanicándose lentamente y a su tío, que «se yergue, entorna los ojos, extiende los brazos y comienza a declamar unos versos... mientras mi madre mueve suavemente la cabeza y dice: «¡Qué hermoso, Pascual! ¡Qué hermoso!»... luego me coge, me levanta en vilo y grita «¡Antoñito, Antoñito, yo quiero que seas un gran artista!» (*O. c.* I, 1049). Este fue, seguramente, el autor de la carta comendaticia.

En *Valencia* evoca Azorín elogiosamente la figura de «Teodoro Llorente Olivares: poeta, historiador, periodista, traductor de Goethe, amigo de Mistral». Aquella visita lejana, que hiciera a Llorente en su despacho de *Las Provincias,* periódico conservador, que él dirigía, la describe así Azorín en 1941:

> Ante Llorente está un joven que le tiende una carta. La emoción le sobrecoge. De todos los sentimientos que puede inspirar un hombre, acaso el más raro —en especial si se trata de un artista— es el respeto. Hombres que inspiran admiración hay muchos, que muevan a cariño igualmente. El respeto es rarísimo. Y la impresión que este joven, primerizo en las letras, ha tenido al encontrarse frente al hombre que estaba escribiendo bajo la verde pantalla es la de un respeto profundo. La carta está en la mano de Llorente, que la va leyendo con lentitud. Todo calla en la noche. Todo es ansiedad en este mozo que espera inmóvil (*O. c.* VI, 57).

Tal es la versión idealizada, con una perspectiva nostálgica de más de cincuenta años. Pero ese sentimiento de respeto —tan elogiado repetidas veces por Azorín [53]—, está muy lejos de reflejar, con cabal fidelidad, la reacción que produjo la visita en el joven monovero, según aparece en su folleto *Buscapiés* de 1894.

---

toria contemporánea, un fragmento vivo, auténtico, con detalles vulgares, con rasgos épicos —¡en la realidad todo va junto!— de nuestra vida de provincias literaria y política" (I, p. 1059).

53 Además de otras fugaces alusiones al respeto, Azorín ha cantado sus excelencias, en *Sintiendo a España,* 1942 (*O. c.* VI, pp. 718 y 729) y en el Prólogo al libro de A. CRUZ RUEDA: *Mujeres de Azorín,* 1953 (*O. c.* IX, p. 1328).

En esta fecha muestra Martínez Ruiz escasa estima de Llorente como poeta:

> En Valencia, muerto Querol, no hay ningún poeta lemosín que levante dos dedos del suelo. ¿Hablan ustedes de Llorente? ¡Ah! Estaría fresco el autor de *Llibret de versos* si no gozara de más fama que la que le han proporcionado sus poesías valencianas... Llorente, ante todo, es un excelente traductor, que ha españolizado a Goethe... Es también un mediano historiador de las cosas de la tierra. Tales son sus méritos, méritos que no corresponden a su proverbial engreimiento."
>
> Llorente se cree un Júpiter capitolino, y es un Ganimedes de... Silvela.

Lo más interesante es que a este párrafo antecede inmediatamente una sarcástica pintura, que —a mi entender [54]— es la versión reciente de la desdichada entrevista:

> En Valencia —no citemos nombres, oh Fausto amigo— hay algunos sujetos que se creen genios como casas, y luego resulta que ni son genios, ni tienen educación. Yo me he visto obligado a visitar a alguno de ellos, y he tenido que hacer un gran esfuerzo para no dejar la lengua en libertad.
>
> —¿Sigue usted bien, don Fulano?

---

54 Mi opinión de que el "genio" no era otro que don Teodoro Llorente se funda, en que después de la diatriba contra el genio innominado, pasa —en el texto citado—, inmediatamente, sin interposición alguna, a hablar de Llorente —ahora, sin omitir el nombre—, como quien venía de antes pensando en él sin nombrarle; y lo hace en idéntico tono de irónico ataque personal en ambos casos: "Se creen genios como casas, y luego resulta que ni son genios, ni tienen educación" y "Se cree un Júpiter capitolino, y es un Ganimedes... de Sivela". Además, ¿ese "Fausto amigo", inesperado, no viene aquí traído por concomitancia con el traductor del *Fausto*?

No invalida esta opinión mía, a mi entender, cierto pasaje de *Azorín, íntimo*, en el que Alfonso describe la visita de Azorín al poeta Labaila: "Un día se presentó Azorín en casa del poeta Jacinto Labaila, director o colaborador de *Las Provincias* —no recuerdo bien ahora, al cabo de tantos años— para colocar un artículo de costumbres. El señor Labaila recibió cortésmente al futuro académico, pero no le publicó el artículo" (*Azorín, íntimo*, p. 99).

La semejanza con el relato de Azorín, arriba trascrito, es innegable. Adviértase, con todo, que J. Alfonso no relaciona, explícitamente, la visita a Labaila con la descrita por Azorín en *Buscapiés*; y, sobre todo, téngase presente su advertencia: "no recuerdo bien ahora, al cabo de los años". Ahora bien, ¿la duda de Alfonso, en 1950, estaba en si Labaila era, por aquel entonces, director o redactor de *Las Provincias* o, más bien, lo que no recordaba bien al cabo de tantos años, era el nombre del director del periódico? La realidad es que el director de *Las Provincias* —desde sus comienzos hasta poco antes de su muerte— fue siempre don Teodoro Llorente, y a él, como tal, correspondía el admitir o rechazar el artículo en cuestión.

—Hum...

—Yo. (*Aparte*). Este genio no tiene hoy ganas de hablar racionalmente; resignémonos. (*Alto*). El señor Tal me ha encargado que vea a usted, con objeto de...

—¡Pchs!... Bueno... Sí... Ya le escribiré yo a él directamente... Hum...

(*El genio coge una hoja de papel y se pone a escribir gacetillas, sin acordarse de las más elementales reglas de cortesía; yo tomo la puerta, haciendo esfuerzos de prudencia. Telón lento.*)

Los señores Moliner y Mas no son genios ni se dan pisto de tales, pero son dos sabios afables y corteses, honor de la Medicina española.

Lo primero la urbanidad (*O. c.* I, 98 y 99).

La descripción rezuma despecho y amarga ironía. Hay que hacerse cargo: Azorín había hecho para entonces, sus primeros escarceos literarios en algún modesto semanario local, como *El Pueblo* o *El eco de Monovar*, y acudía, ahora, ilusionado, a Llorente con la ambición de que su firma apareciese en *Las Provincias*. Su padre era persona importante del partido conservador en Monovar, y aun en la provincia de Alicante; traía aquella carta de su tío, el amigo y compañero de don Teodoro. No podía, pues, esperar tan frío recibimiento.

Sin pretender dar a la escena un valor transcendental, pienso que la deplorable actuación de Llorente —que le impidió vislumbrar, en nuevos contactos, las posibilidades de aquel literato en ciernes—, tuvo influjo importante en sus futuros derroteros.

Si la acogida hubiese sido algo más cordial; si el escritor primerizo, en momentos tan críticos, hubiera encontrado en el Director de *Las Provincias* el apoyo y afecto que iba buscando, es posible que su rumbo hubiese sido otro. Acaso, Azorín al sentirse comprendido por el compañero y amigo de su tío, hubiera seguido la trayectoria de don Miguel Amat y Maestre, quien —antes de que le inutilizara la enfermedad— se ganó, en Madrid, la estima de altas dignidades eclesiásticas por sus brillantes actuaciones literarias y forenses en la Juventud Católica y en el Ateneo. O, al menos, no se habría pasado tan decididamente al bando contrario, el de los librepensadores, como los médicos republicanos Mas y Bernabeu.

El doctor Mas era natural de Monovar y recibió, en Valencia, «con afectuosidad al joven nacido en su mismo pueblo», se dis-

tinguía por su sinceridad, «cuando habla, dice lo que siente, y si se habla de temas religiosos, entonces tiene la franqueza de manifestarse tal como es él: demoledor aguerrido de las viejas y absurdas creencias de nuestros abuelos». Con don José Pérez Bernabeu, solía pasear en Monovar el joven Azorín. Era el médico más antiguo de la «apacible ciudad», profesaba «ideas extremas. No las de la derecha»; y, a juicio de Cruz Rueda, «Fue de los que influyeron más en la ideología juvenil de Azorín» [55].

Entre sus profesores de Valencia, recuerda a don Eduardo Soler. catedrático de Derecho Político, colaborador de don Francisco Giner [56], por el que entraría en contacto con el krausismo.

Trató, también, con Blasco Ibáñez, que recién llegado de su breve destierro en Francia, fundó en 1891 *El Pueblo*. Azorín «escribe en *El Pueblo* unos artículos ateos y materialistas» [57].

No cabe duda de que si el contacto con personas de ideologías tan extremas tuvo que producir en su alma estragos deplorables, mayores serían seguramente los causados por los libros. «El doctor Mas me prestó los primeros libros nuevos extranjeros que yo leí. Tenía escogida biblioteca y compraba todo lo bueno que aparecía» (*O. c.* VI, 111). Nada añade de los autores y materias. Quizás, porque con los años se había esfumado el recuerdo de aquellos libros prestados. En cambio, recordaba bien otros adquiridos por él: dos autores que influyeron notablemente en su espíritu, Baudelaire y Leopardi.

Las flores del mal, «según su propia confesión, es el libro que más ha influído sobre él, dejándole, según sus propias palabras, completamente abstraído». Y de Leopardi dirá en 1904: «Leopardi, lector, no es pesimista; es el Pesimismo hecho hombre» [58].

---

55 Sobre el doctor Miguel Mas, cfr. *Buscapiés* (*O. c.* I, pp. 97-99) y *Valencia (O. c.* VI, pp. 110 111). Para el doctor José Pérez Bernabeu, véase *Memorias inmemoriales* (*O. c.* VIII, pp. 400-402).

56 *Valencia* (*O. c.* VI, pp. 67-68) y R. GÓMEZ DE LA SERNA. *O. c.* p. 1184.

57 R. GÓMEZ DE LA SERNA: *O. c.*, p. 1184. Seguramente, reproducción de estos artículos son las páginas más irreverentes y materialistas de *Buscapiés*.

58 R. GÓMEZ DE LA SERNA: *Ibidem* y AZORÍN. *Fantasías y devaneos* (*O. c.* IV, p. 104).

Escasean las indicaciones de otros pensadores o filósofos: Descartes, Espinosa. Destaca, desde luego, Montaigne del que fue lector asiduo de por vida. En sociología su guía fue Agustín Hamon, el autor de *Psychologie du militaire professionnal,* París 1893 y de *Psychologie de l'anarchiste-socialiste,* París 1895. Estudia, además, a los criminalistas, Lombroso, Ferri, Garofalo, Tarde, al español Dorado —a quien visita en Salamanca—, Girardin, Kropotkin. Pero estas lecturas pertenecen, más bien, a sus primeros años de Madrid, cuando publica *La sociología criminal,* 1899. Y una multitud de escritores españoles, objeto de sus artículos de crítica literaria, que fueron su principal ocupación en Valencia, fuera del escaso tiempo dedicado a la carrera.

Pero en lo religioso, sus lecturas debieron de ser escasas, y por supuesto bajo la fatal dirección de los mentores arriba citados. Se advierte en este punto, una ausencia de raciocinio, de crítica, una desorientación absoluta, un caos, como dice con acierto Montoro [59].

Con su ida a Madrid, en el otoño de 1896, el estudiante valenciano se convierte en el periodista madrileño, redactor de *El País* y de *El Progreso* [60]. Poco después, siguiendo los consejos de *Clarín,* que le anima a abandonar su aire de *enfant terrible* y a darse al estudio de los grandes filósofos, comienza su etapa de «el pequeño filósofo», estudiada por Ana Krause. Tampoco se hallan, en los escritos de esta época, huellas que orienten sobre una labor formativa de su pensamiento religioso. Fuera de una

---

59 A. MONTORO: *Ob. cit.*, p. 66.

60 Prácticamente puede decirse que Azorín al abandonar Valencia, dejó de ser estudiante. "Había yo pasado en Valencia diez años, estudiando Derecho. Unas veces me matriculaba, y otras estudiaba libremente. Examinábame unas veces, y otras renunciaba al examen", escribe en *Madrid,* 1941 (*O. c.* VI, p, 186). Para ser exactos, donde dice diez pongamos ocho; que ya son bastantes para seguir, sin terminarla, una carrera, que otros hacían en pocos años. Los propósitos que llevaba a Madrid no eran de concluir con rapidez sus estudios, sino de dedicarse profesionalmente al periodismo. De hecho, según Gómez de la Serna, Azorín "persiste en su carrera de Derecho, de la que le faltarán siempre unas asignaturas, como valladar a cualquier derivación por el camino leguleyo en uno de esos momentos en que la vida cierra todos los caminos" (*Ob. cit.* p. 1185). Sin embargo, Cruz Rueda —que es quien sigue

referencia de pasada a Strauss y Renan[61], ninguno de esos nombres: Loisy, Harnack, Hermann, etc., tan familiares en Unamuno; ni siquiera ecos de tales autores en algún personaje de sus novelas como en *El cura de Monleón* de Baroja. No afloran sino rara vez en sus páginas, ideas con transcendencia o preocupación teológica. Se encuentran, sí, acá y allá perdidos en su vasta obra, recuerdos, sentimientos, actitudes, que pueden darnos el talante religioso de este celoso guardador de su secreto interior; pero que por su dispersión y vaguedad se resisten a una caracterización. Acaso intente, hacerla, un día, en otro estudio.

A esta luz se podrá apreciar, con más justeza, cuán indeleblemente impresas habían quedado en el alma religiosa de Azorín las enseñanzas y ejemplos de sus padres y maestros en los años de infancia y adolescencia.

RAFAEL M.ª HORNEDO, S. I.

---

con más detalle la marcha lentísima de sus estudios— precisa que en octubre de 1896 se matricula en Salamanca. De aquí, sin dar examen alguno, traslada su expediente a Madrid en noviembre, y "continúa y termina en la Universidad de Madrid sus estudios de Derecho" (*O. c.* I, p. XL). Pero Cruz Rueda ni publica completo el expediente universitario, ni dice la fecha en que se licenció. Cosa extraña en un autor tan exacto en sus noticias. Teniendo en cuenta que trata siempre de dejar bien a Azorín —por lo cual Valverde le llama, con humor, su *agiógrafo*—, me inclino a pensar que Gómez de la Serna está en lo cierto, aunque su ingeniosa interpretación no sea, tal vez, reflejo exacto de la realidad. Por lo demás, se comprende fácilmente, que a Azorín, metido más cada día en estudios serios para la preparación de sus libros y cada vez más comprometido con la Prensa diaria y con el público, le faltase tiempo y estímulo para concluir la carrera.

El hecho de haber dejado inacabada su carrera de Leyes, contra la voluntad de su padre, le inspira quince años después (*Lecturas españolas*, 1912) esta espontánea y humorista glosa, en el capítulo, "El caballero del verde gabán": "Lorenzo, su hijo, es un mozuelo absurdo y fantástico; Cervantes dice que su padre no había podido hacer por nada del mundo que estudie leyes; esto le granjea nuestras más calurosas simpatías. Cervantes añade también que tampoco su padre ha podido lograr que trabaje en la teología; esto lleva hacia él con más fervor nuestros afectos" (*O. c.* II, p. 559).

61 En el cap. III de la Parte III de *La Voluntad*, Antonio Azorín retirado un par de días en el convento de Santa Ana, recibe del P. Fulgencio el libro de *La Pasión* de Catalina Emmerich: "Yo lo he tomado sonriendo ligeramente (con una sonrisa de quien ha leído a Strauss y a Renán)" (*O. c.* I, p. 964).